

LAS NOVELAS RECIENTES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

A los treinta y cinco años de terminarse, la guerra civil española parece aún el fantasma que alucina a los creadores de ficción de la península ibérica. Jóvenes, hombres maduros y aun mayores siguen inspirándose en esta fuente histórica inagotable; más de setecientas novelas han sido publicadas en el mundo entero alrededor de este tema apasionante, siendo España el país que se lleva la palma en cuanto a número se refiere dentro de dicha novelística. Al examinar el conjunto de novelas de contienda, se nota un resurgimiento realmente asombroso en estos últimos años; este movimiento se puede situar poco más o menos en torno a 1967, o sea un año después de la publicación de la nueva Ley de Prensa del 18 de marzo de 1966, ley que garantizaba la libertad de prensa e imprenta.

En esa fecha, Angel María de Lera publicaba *Las últimas banderas*¹, colocando a su protagonista, por primera vez en la literatura peninsular de la posguerra, en el « otro bando »; todos los acontecimientos aparecían así desde el punto de vista de un republicano. A partir de ese momento han salido obras de verdadera importancia sobre el tema de la guerra civil española, debido probablemente a una mejor perspectiva, por lo alejadas que van quedando las hostilidades, y también a una posibilidad de expresarse con menos miedo a los cortes o al veto de la censura. Lo cierto es que escritores ya famosos como Cela, Juan Benet, Concha Alós, Carlos Rojas han publicado por primera vez novelas centradas directamente sobre esos hechos trágicos de la década del treinta; otros, no menos conocidos, tales como Torrente Ballester, Fernández Santos, Juan Goytisolo, Pombo Angulo, Emilio Romero han mencionado a menudo la catástrofe histórica de su país y sus consecuencias en sus obras narrativas; también se ha visto emerger a escritores más jóvenes con creaciones muy interesantes como Afonso Albalá, Manuel de Heredia, Emilio Granero Sancho, Gabriel García Badell y Aquilino Duque.

1. Barcelona, Planeta, 1967.

Algunos libros críticos se han escrito ya sobre la novelística española de la guerra civil; señalemos particularmente el de José-Ramón Marra López sobre *Narrativa española fuera de España 1939-1961*² y el de Antonio Iglesias-Jaguna *Treinta años de novela española 1938-1968*³, en gran parte consagrados al tema de la conflagración y el de José Luis Ponce de León, *La novela española de la guerra civil 1936-1939*, que cubre el período que va hasta 1968⁴. Algunas tesis doctorales se han preparado en universidades europeas y americanas; señalemos la nuestra, «La guerre civile espagnole dans le roman européen et américain⁵», y la de Anthony Lo Re, «The Novel of the Spanish Civil War⁶». Se podría añadir a esta lista varias tesis de Licenciatura o memorias de Diploma de Estudios Superiores y bastantes artículos de conjunto o parciales sobre la producción de obras novelescas. Sin embargo, nadie se ha ocupado de los libros que han visto la luz en fechas recientes y éste es nuestro propósito.

«Terminada la guerra civil», escribió Juan Ignacio Ferreras, la novelística española se encontró partida en dos mitades de muy difícil unión. Los «vencedores»... producirán una novela exaltadora e idealista de la guerra; los «vencidos» producirán una novela de signo completamente contrario, más realista quizá y, desde luego, menos idealista⁷.

Por «vencidos» el ensayista entiende únicamente a exiliados en su aseveración, pero la situación cambia a partir de 1967 cuando Lera, un «vencido», un hombre que estuvo ocho años en la cárcel y que se quedó luego en España, presenta la guerra tal como él la vivió, o sea desde la perspectiva de las líneas republicanas. Federico Olivares, su protagonista, y los compañeros de éste, Molina, Trujillo, Cubas, etc., han tenido puestos importantes entre los «rojos» y toman conciencia de su situación en el Madrid que todavía les pertenece a finales de marzo de 1939: han perdido la guerra y, a no ser que huyan de España, pagarán cara su actuación como jefes de izquierdas. Como Lera, desde 1967 varios autores más han puesto en escena a personajes fieles a la República y que luchan por ella: éste es el caso de «El Chepa», protagonista de la novela del mismo nombre de Manuel de Heredia⁸, de Isabelo de Dios y de Severino Palés, héroes de *Barras y Estrellas*⁹ de Emilio Granero Sancho, de

2. Madrid, Guadarrama, 1962.

3. Madrid, Prensa Española, 1969.

4. Madrid, Insula, 1971.

5. París, 1962.

6. Chapel Hill, North Carolina, 1965.

7. *Tendencias de la novela española actual 1931-1969*, París, Ediciones Hispanoamericanas, 1970, p. 81.

8. Madrid, Afrodisio Aguado, 1970.

9. Valencia, Prometeo, 1971.

Orencio Lanaja, el jardinero de *Las cartas cayeron boca abajo*¹⁰ de Gabriel García Badell, de varios personajes de *Volverás a Región*¹¹ de Juan Benet, de Manuel, el obrero vasco de *El convertidor*¹² de Juan Antonio Fernández Serrano, de *El miliciano Borrás*¹³ de Luis Perpiñá Castellá, de Mariano Martín, el labrador castellano de *Vengadores de cenizas*¹⁴, de Julio Escobar y de todos los soldados que actúan en la versión novelada de *La casa de las chivas*¹⁵ de Jaime Salom.

Esta aparición de soldados republicanos en la novela de la revolución no significa, sin embargo, la ausencia de partidarios de Franco; los más notorios de ellos son Carlos Rius, el nieto de Joaquín Rius, «alférez provisional» de *Guerra civil*¹⁶ del recién fallecido Ignacio Agustí; a su lado hay que colocar a *El coronel*¹⁷, protagonista de Oscar Muñoz Martín, e Ignacio Espinosa, el joven también «alférez provisional» de *El mono azul*¹⁸ de Aquilino Duque. Pero, por otra parte, encontramos a varios fervientes nacionalistas durante la guerra que pierden poco a poco sus ilusiones en la posguerra; así José Luis Amézqueta, el intelectual antifranquista de las *Memorias*¹⁹ de Ángel Palomino, los cuatro héroes de *La sombra de las banderas*²⁰ de Manuel Pombo Angulo, los falangistas supervivientes de *Cuando las cruces no se alzan al cielo*²¹ de Félix Martínez Orejón.

La consecuencia lógica de la creación de tantos defensores armados de la República o de partidarios de la izquierda quita, en gran parte, el aspecto ensalzador de los vencedores; es más, prácticamente no se encuentran ya desde hace unos años a autores que no critiquen, o por lo menos no juzguen negativamente varios aspectos de la actitud de los franquistas durante la guerra y después de ésta; a veces analizan la situación con objetividad y les conceden ciertas virtudes, pero lo cierto es que nadie condena ya a los leales al gobierno establecido de forma radical como se hiciera anteriormente.

La politización, evidentemente muy fuerte, de toda la literatura bélica a la cual nos referimos no debe, sin embargo, hacernos olvidar que lo que nos interesa ante todo es un conjunto de obras de «creación literaria». Muchas veces se ha dicho y escrito que la guerra civil española aún no había encontrado a su novelista;

10. Barcelona, Destino, 1973.

11. Barcelona, Destino, 1967.

12. Barcelona, Planeta, 1971.

13. Barcelona, A.T.E., 1971.

14. Madrid, Afrodisio Aguado, 1970.

15. Versión novelada por Elisabeth Szel y Cristóbal Zaragoza. Barcelona, 1972, 259 p.

16. Barcelona, Destino, 1972.

17. Oviedo, Gráficas Aumme, 1968.

18. Barcelona, Destino, 1974.

19. *Memorias de un intelectual antifranquista*, Madrid, Alfaguara, 1972.

20. Barcelona, Planeta, 1969.

21. Barcelona, Planeta, 1968.

no se podría afirmar que entre las novelas recientes se encuentre tampoco la obra maestra sobre el tema, pero no cabe duda que van naciendo obras realmente valiosas. En 1971, José Corrales Egea afirmaba : « Ya bien avanzado el presente lustro, que va de 1965 al 70, han surgido las primeras novelas de importancia en que el acontecimiento de la guerra se trata con el suficiente alejamiento como para que empiece a ser posible una desmitificación del mismo ²² ». « La visión unilateral y a dirección única de los sucesos ²³ » a la cual el comentarista se refiere a continuación ya no existe ni siquiera en la obra del jesuita José Luis Martín Vigil, *Muerte a los curas* ²⁴, cuyo protagonista es un sacerdote que poco a poco fraterniza con sus compañeros de cárcel y va evolucionando hacia una mayor comprensión de su papel y del de la Iglesia en este mundo ; tampoco Jorge de Almeida, joven comunista de *La Traición de los héroes* ²⁵ de Jaime Piñeiro, condenará a los primeros correligionarios suyos al pasarse a los nacionalistas. Por otra parte, los republicanos tampoco son descritos como los únicos en llevar la razón y en querer el bien de España y de los españoles ; pensamos particularmente aquí en Paul Hervé, novelista y periodista francés, el personaje principal de la única novela española consagrada a las Brigadas Internacionales, *Valle del Jarama. Brigada Internacional* ²⁶ de Enrique Barco Teruel ; éste, en su discurso en el Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en Madrid en 1937, denuncia a los intelectuales que, so pretexto de defender la libertad, se afilian al Partido Comunista, viéndose encadenados y al servicio de una causa que a menudo no aprueban ²⁷. Hasta Federico Olivares, personaje central de *Los que perdimos* ²⁸, la última novela de Lera y la más osada en afirmaciones contundentes contra los franquistas, hasta él, decimos, sabe reconocer : « Muertos y matadores ha habido en las dos zonas ²⁹ ».

Si pasamos a examinar más de cerca el grupo de más de cincuenta novelas aparecidas en los años transcurridos desde 1966, encontramos en ellas varios enfoques. Uno de los más frecuentes es la descripción de la vida del frente, o del soldado, como lo hicieron anteriormente Ricardo Fernández de la Reguera en *Cuerpo a tierra* ³⁰ y Domingo Manfredi en *Las lomas tienen espinos* ³¹ ; recordemos el

22. *La novela española actual*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, p. 158.

23. *Ibid.*

24. Oviedo, Richard Grandfo Edit., 1968.

25. Barcelona, Ediciones, 1969.

26. Barcelona, Ediciones Marte, 1969.

27. Véanse p. 277-8-9.

28. Barcelona, Planeta, 1974.

29. *Ibid.*, p. 12.

30. Barcelona, Garbo, 1954.

31. Barcelona, Luis de Caralt, 1955.

recién citado *Valle del Jarama* o *Barras y estrellas* de Granero Sancho, *El Chepa* de Manuel Heredia, *El coronel* de Oscar Muñiz, *La traición de los héroes* de Jaime Piñeiro, *Las últimas banderas* de Lera o *El mono azul* de Aquilino Duque. En general, estas obras se limitan al tiempo de la guerra o a una porción de ella y, si el idealismo suele ser manifiesto, tanto en uno como en otro bando, gran parte de los combatientes reconocen que la guerra es una plaga, una enfermedad de la nación, «una peste» como la calificara Camus³², que no sirve para nada, en la que todos los españoles perderán : «es el disparate por antonomasia» leemos en *El mono azul*³³, o «las guerras civiles nunca liquidan nada definitivamente³⁴» en *Barras y estrellas*.

Otras novelas se centran en la retaguardia o, si no, en personajes que no toman parte activa en el conflicto armado como *San Camilo, 1936*³⁵ de Camilo José Cela, *Muerte a los curas* de Martín Vigil, *El secuestro*³⁶ y *Los días del odio*³⁷ de Alfonso Albalá. Pero la mayoría describe ambos aspectos, la guerra con cañones y fusiles y los sufrimientos de los no beligerantes; *Volverás a Región* de Juan Benet, *Guerra Civil* de Ignacio Agustí, y *Las cartas cayeron boca abajo* de Gabriel Badell quizá sean los libros más significativos desde este punto de vista.

Un tipo de novela prácticamente desconocido en España sobre el tema que estudiamos es el de la novela de humor; sólo Wenceslao Fernández Flórez en *La novela número 13*³⁸ en la literatura peninsular y Salvador de Madariaga entre los novelistas de la «España peregrina» en *Sanco Panco*³⁹ lo habían cultivado. En 1969 y en 1971 respectivamente, Fernando Ahumada Zabal y Luis Perpiñá Castellá se arriesgaban en este género : ambos escogían a sus personajes entre la clase baja, a hombres que se afilian a los partidos revolucionarios sin saber lo que hacen. Así, los comunistas de Valtorcaz, campesinos sin formación política ni de ninguna clase, *Los responsables*⁴⁰ de Ahumada Zabal, quieren hacer la revolución y sólo consiguen hacer charlotadas, lo mismo que *El miliciano Borrás*⁴¹ de Perpiñá Castellá. Sus experiencias revolucionarias se saldan con un balance negativo y acaban todos por ser perdonados por los nacionalistas, una vez que éstos entran en sus respectivos pueblos.

32. Paris, Gallimard, 1942.

33. *Op. cit.*, p. 137.

34. *Op. cit.*, p. 170.

35. Madrid, Alfaguara, 1969.

36. Madrid, Guadarrama, 1968.

37. Madrid, Guadarrama, 1969.

38. Madrid, Librería General, 1941.

39. Méjico, Editora Labiño Americana, 1964.

40. Madrid, Prensa Española, 1969.

41. Barcelona, A.T.E., 1971.

Expresión del hombre corriente de la masa, estos personajes inspiran simpatía y a veces verdadera risa por su sencillez, su ingenuidad frente a asuntos tan graves como la guerra y, como dice uno de ellos : « Una cosa es la política y otra es jugarse la vida⁴². »

Cuatro obras hay que merecen ser mencionadas aparte por tratar de un subtema muy especial, el de los niños en la guerra. Todos conocen *Tanguy*⁴³ de Michel del Castillo o *Duelo en el Paraíso*⁴⁴ de Juan Goytisolo, publicadas ambas antes del sesenta, que hacían ver los efectos nefastos y tristísimos de la revolución en unos seres de tiernísima edad ; los escritores de hoy parecen aún más preocupados por las consecuencias del conflicto que estos pequeños seres van arrastrando con ellos tanto durante la guerra, en *El otro árbol de Guernica*⁴⁵ de Luis de Castresana y en *Los años únicos*⁴⁶ de Carmen Díaz Garrido, como en la posguerra, en *Memorias de un niño de derechas*⁴⁷ de Francisco Umbral y en *Los niños que perdimos la guerra*⁴⁸ de Luis Garrido. Para estos cuatro novelistas de la niñez en años trágicos, la carta que Goytisolo escribía al hispanista norte-americano John B. Rust, reproducida parcialmente en el prólogo de la edición francesa de *Juegos de manos*, se aplica perfectamente. Decía así : « Muchos de los jóvenes novelistas de hoy eran niños durante la guerra civil. Con sus ojos de niños, vieron impasibles cosas atroces. Las olvidaron. Pero en el transcurso de su crecimiento, llegó un momento en que se acordaron de ellas y el recuerdo se precisaba a medida que sus huesos se hacían más duros y su sangre más rica. Entonces, no para olvidar esas cosas — eso habría sido imposible — sino para librarse de ellas, se pusieron a escribir novelas⁴⁹. » En efecto, para no citar más que un ejemplo reciente, constatamos que Francisco Umbral dedica su libro « A los desventurados niños de la guerra, que comieron conmigo el pan negro de salvados y la tajada del miedo⁵⁰ ».

También los jóvenes han atraído la simpatía de los novelistas y, sobre todo, el cruel destino que les esperaba en la flor de su vida. Así, vemos sufrir, padecer en su cuerpo y en su alma, a Jorge de Almeida, el estudiante comunista de Jaime Piñeiro, incapaz de lograr el equilibrio entre sus creencias y sus apetencias, a Carlos Rius, el último retoño de la familia barcelonesa creada por Ignacio

42. *Los responsables*, p. 120.

43. Barcelona, Luis de Caralt, 1959.

44. Barcelona, Planeta, 1955.

45. Madrid, Prensa Española, 1967.

46. Madrid, Prensa Española, 1972.

47. Barcelona, Destino, 1972.

48. Madrid, Ediciones Literay, 1971.

49. Citado por Juan Carlos Curutchel en *Introducción a la novela española de postguerra*, Montevideo, Alfa, 1966, p. 60.

50. *Op. cit.*, p. 7.

Agustí, otro estudiante enrolado con los nacionalistas y que tiene el dolor de perder a su asistente y amigo Miguel Llobet, a Ignacio Espinosa, otro «alférez provisional», conmocionado por los horribles crímenes perpetrados contra su familia, creado por Aquilino Duque en *El mono azul*, a los cuatro amigos, soldados nacionalistas de Pombo Angulo en *La sombra de las banderas*, desolados por ver hasta qué punto sus esfuerzos juveniles fueron inútiles; también el joven protagonista anónimo de Cela en *San Camilo, 1936* experimenta una evolución brusca, prematura en los primeros días de la revolución en Madrid: pasa repentinamente de la adolescencia a la madurez. Varios más atraen nuestra atención: Pedro, el recién estrenado «bachiller» de Gabriel Juliá⁵¹ en el libro del mismo título, conoce el destierro forzoso al principio de la contienda por orden de su padre, pero vuelve a España posteriormente y lucha valientemente con los legionarios, recibiendo una herida que le dejará cojo; Marcelino Rodrigo, en *Entre dos banderas*⁵², nos hace ver la entrada sin ilusión alguna en el ejército nacional de un muchacho pobre que a duras penas había logrado crearse una situación decente y había encontrado el amor en la persona de Dora, joven cabrera matada por una bala perdida en los primeros días del enfrentamiento. Otra vida truncada en plena juventud es la del falangista José Isaac, encontrado muerto muchos años después en el sótano de la finca albaceteña donde le dejara encerrado su amante, Leonor, al ser llevada por los milicianos, también al iniciarse las hostilidades, en *Agonizante sol*⁵³ de Rodrigo Rubio. Aflicción, vidas quebradas, rotas, destrozadas, tal es la penosísima suerte de los jóvenes protagonistas que actúan en estas obras recientes; muchos de ellos demuestran su valor y se portan heroicamente, pero su existencia queda marcada de forma indeleble por esta experiencia bélica.

Otra forma a menudo utilizada por los escritores para describir o hacer comprender la importancia de este trienio fatídico que va de 1936 a 1939 es la de presentar una acción situada en la posguerra, y a partir de allá, por medio de la vueltas al pasado, referir hechos transcurridos durante la guerra. Los españoles llevaron dentro de sí el peso de esos años durante mucho tiempo y, a pesar de haberse terminado el conflicto no podían olvidar; dice un personaje: «La guerra no produjo un millón de muertos. Dejó un millón de enterados y nadie sabe cuántos millones de muertos andando, agonizantes o sin voluntad dentro⁵⁴.» El envilecimiento de los seres, de las fami-

51. *Pedro*, Barcelona Ediciones Picazo, 1973.

52. Barcelona, Ediciones Marte, 1967.

53. Madrid, Editorial Amillero, 1972.

54. García Pavón, Francisco, *Las hermanas coloradas*. Barcelona, Destino, 1970.

lias, el enriquecimiento por métodos dudosos, la pérdida de los ideales y hasta de la propia identidad aparecen en numerosas obras como *La sombra de las banderas* de Pombo Angulo, *La Madama*⁵⁵ de Concha Alós, *Se vende un hombre*⁵⁶ de Angel María de Lera, *Volverás a Región* de Benet, *Una historia de guerra*⁵⁷ de Víctor Alperi, *Señas de identidad*⁵⁸ y *Reivindicación del conde Don Julián*⁵⁹ de Juan Goytisolo. Por otra parte, cuatro escritores nos narran la reaparición de personas en España después de cinco o seis lustros de ausencia por el exilio o simplemente por reclusión voluntaria en su propia casa o en su pueblo : Gabriel Badell en *De las armas a Montemolín*⁶⁰ y Cristóbal Zaragoza en *Un puño llama a la puerta*⁶¹ nos presentan el caso de dos exiliados en Francia que vuelven a su país y tienen tantas dificultades en adaptarse que no se pueden quedar en la ciudad de su elección ; en cuanto a Manuel Barrios en *El medio*⁶², y Francisco García Pavón, en *Las hermanas coloradas*, sacan de su cárcel privada a unos personajes que se habrán quedado tanto tiempo sin disfrutar de la vida ; pero por desgracia ninguno de ellos « Valía para libre » ya⁶³.

Algunos autores nos esbozan un vasto fresco de la preguerra, la guerra y la posguerra, resumiendo en un solo volumen lo que Gironella hizo en su conocidísima trilogía. Félix Martínez Orejón, Alfonso Martínez Mena, Angel Palomino y Juan Antonio Fernández Serrano, en sus respectivas novelas, cubren así buena parte del siglo veinte ; en todas ellas el balance es lamentable cuando no desolador y desesperante. Esta descripción de la vida de personajes desde su principio hasta su final, o por lo menos de buena parte de ella, es una técnica frecuentemente utilizada por los escritores realistas y, por lo general, los que acabamos de citar se quedan en esta línea ; sin embargo, Martínez Orejón, en *Cuando las cruces no se alzan al cielo*, se inspira en *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, presentándonos las vidas paralelas de sus nueve personajes principales. Gabriel Badell en *Las cartas cayeron boca abajo*, Granero Sancho en *Barra y estrellas*, Muñoz Martín en *El coronel*, Pombo Angulo en *La sombra de las banderas* usan también, de forma menos evidente, esta manera de proceder.

En el grupo de novelas que analizamos, se emplea toda clase de técnicas : de la novela tradicional como *Guerra civil* de Agustí y

55. Barcelona, Plaza Janés, 1969.

56. Barcelona, Planeta, 1973.

57. Barcelona, Destino, 1972.

58. México, Joaquín Mortiz, 1966.

59. México, Joaquín Mortiz, 1970.

60. Barcelona, Destino, 1971.

61. Barcelona, Ediciones 21, 1970.

62. Barcelona, Planeta, 1969.

63. *Las hermanas coloradas*, p. 256.

Entre dos banderas de Rodrigo pasamos a la obra con numerosos « flash backs », ejemplos de la cual son *Las últimas banderas* y *Los que perdimos* de Lera, *Una historia de guerra* de Alperi; del relato en primera persona, sobre todo del personaje de izquierdas, en *El chepa* de Heredia, *El convertidor* de Fernández Serrano, *Pedro* de Gabriel Juliá, *Una historia de guerra* de Alperi, *Valle del Jarama* de Barco Teruel, *Se vende un hombre* de Lera y *Los días del odio* de Alfonso Albalá, al uso repetido del monólogo en *Agonizante sol* de Rodrigo Rubio, o del monólogo interior en *Señas de identidad* de Goytisolo, *Volverás a Región* de Benet, o incluso del monólogo en segunda persona reflexiva también en este último y en *San Camilo, 1936* de Cela. Varias obras se acercan al « nouveau roman » francés y a la novela hispanoamericana de la última década, particularmente la de Cela, las de Goytisolo, las de Benet — *Volverás a Región*, *Una meditación*⁶⁴ y *Una tumba*⁶⁵ — y la de José María Guelbenzu, *Antifaz*⁶⁶. Al lado de éstos, es preciso citar a Carlos Rojas quien, en *Aquelarre*⁶⁷, novela intelectual, pero a la vez impresionista, misteriosa y con muchos elementos esotéricos, actualiza temas goyescos: aquí, el pasado, el presente y el futuro se confunden, todo es una repetición, un volver a ver y un volver a hacer. La misma idea está en la base de *Azaña*⁶⁸, la última obra novelesca de Rojas; para el que fue presidente de la segunda República española y que se está muriendo en Francia, en 1940, sin acordarse de su nombre ni del nombre del país en el cual ocupó la presidencia, los recuerdos afloran a su memoria de forma caótica, anárquica, desde su niñez hasta el momento presente y preve la suerte suya, la de sus conocidos y la de España. Obra más fácil que *Aquelarre*, *Azaña* continúa sin embargo el desarrollo de la búsqueda de Carlos Rojas. « Toda su obra — escribía Manuel García Viño en 1967 — es el testimonio de los combates librados por un espíritu consciente entre la duda y el ansioso deseo de verdad⁶⁹. »

San Camilo, 1936 y *Volverás a Región* quizá sean las obras que más se destacan como alardes técnicos en estos últimos años. Ambas influenciadas por la novela de Luis Martín Santos, *Tiempo de silencio*, por los escritores franceses de « l'école du regard » y por autores hispanoamericanos como Vargas Llosa y García Márquez, utilizan, sin embargo, un lenguaje muy distinto: el de Cela es soez, brutal, tremendamente coloquial a menudo, con reiteración casi obsesiva de vocablos, de « leit-motiv » y divide el libro en tres

64. Barcelona, Seix Barral, 1970.

65. Barcelona, Editorial Lumen, 1971.

66. Barcelona, Seix Barral, 1969.

67. Barcelona, Ediciones Nauta, 1970.

68. Barcelona, Planeta, 1973.

69. *Novela española actual*. Madrid, Guadarrama, 1967, p. 205.

larguísimos párrafos; Benet, por el contrario, escoge un lenguaje culto, literario, pero con párrafos interminables también. *San Camilo* quiere ser la expresión de un grupo humano que desea evadirse de sus angustias y lo hace mediante la sexualidad, al principio de la guerra civil; este mundo nos está presentado por un personaje innominado que monologa largamente en segunda persona reflexiva, y este monólogo o diálogo tiene lugar a menudo ante un espejo y a veces alterna con la narración en tercera persona. Benet, al crear su ciudad mítica, Región, situó allí el ser moral de España y analiza la guerra y la Ruina del país en la posguerra, de una forma confusa, reiterativa; los puntos de vista cambian, un mismo personaje puede llamarse de diferentes maneras o no tener nombre, se emplea la tercera o la segunda persona, indiferentemente. Todo esto hace de *San Camilo*, 1936 y de *Volverás a Región* novelas difíciles, reservadas a un público selecto, pero a la vez representan esfuerzos de los autores por renovarse.

En 1970, Gonzalo Sobejano señalaba al principio de su estudio, *Novela española de nuestro tiempo*, la omnipresencia de la guerra en la novela actual: «Esta presencia puede ser primaria, temática, y puede ser secundaria: la guerra como fondo, como reminiscencia, como motivo⁷⁰». En nuestro breve intento de presentación de la novelística reciente del trauma español, esta catástrofe formaba el núcleo central. Entre las muchas que se refieren a ella a menudo sin ocupar el primer lugar, nos gustaría señalar: *Paraiso encerrado*⁷¹ de Jesús Fernández Santos, *Flon-Flón*⁷² de Serapio Iñesta, *El llanto de los buitres*⁷³ de Carlos Muñiz Romero, *Off-side*⁷⁴ y *La saga-fuga de J. B.*⁷⁵ de Gonzalo Torrente Ballester y *El cambio de camisa*⁷⁶ de Cristóbal Zaragoza.

Entre tantas obras publicadas directa o indirectamente sobre el tema de la guerra civil, conviene preguntarse al término de esta rápida revista, ¿Cual es el valor de todas ellas? ¿Cuántas perderán? ¿No caerán todas pronto en el olvido total? Lo cierto es que muchísimas han sido galardonadas con premios oficiales como el Aguilas, el Blasco Ibáñez, el Ciudad de Gerona, el Ciudad de Murcia, el del Ateneo de Sevilla, el de la Biblioteca Breve; además, Gabriel Badell y Aquilino Duque han quedado finalistas en el Nadal de 1972 y en el de 1973 respectivamente; el premio Planeta de 1967 fue entregado a Lera por *Las últimas banderas* y el

70. Madrid, Prensa Española, p. 43.

71. Barcelona, Destino, 1973.

72. Barcelona, Bruguera, 1972.

73. Barcelona, Ediciones 29, 1971.

74. Barcelona, Destino, 1969.

75. Barcelona, Destino, 1972.

76. Barcelona, Ediciones 29, 1970.

de 1973 a Carlos Rojas por *Azaña*; añadamos, por último, la atribución a Francisco García Pavón del premio Nadal de 1969 por su novela *Las hermanas coloradas*. No cabe duda de que ciertas novelas son excelentes y, sin ser profetas, podemos predecir que algunas de ellas permanecerán por lo menos como testimonios de una llaga siempre abierta en el corazón de los españoles desde 1939 como *Guerra civil* de Agustí, o como experiencia humana en *El Chepa* de Heredia, o simplemente como ensayo técnico en *San Camilo*, 1936 de Cela o en *Volverás a Región* de Benet.

*La guerre n'est pas finie*⁷⁷, título de un libro y de un guión cinematográfico del español exiliado Jorge Semprún, parece una verdad para gran número de españoles. « A veces pienso que la guerra no ha terminado⁷⁸ » dice un personaje de Cristóbal Zaragoza. Como él, los escritores se dedican a hacerla revivir en sus libros, hacen la guerra sobre el papel, sobre todo ahora que el gobierno ha abierto más la mano, su literatura les sirve para decir de una vez lo que no les ha sido permitido expresar hasta ahora. El último libro de la trilogía de Gironella, *Ha estallado la paz*⁷⁹, publicado en 1966, parece cerrar una época, la de las novelas de ideología no forzosamente favorable al Régimen español, ya que todos conocen las dificultades que Gironella tuvo con la censura, pero sí no netamente opuestas a él. En 1967, *Las últimas banderas* abrían un nuevo capítulo en la historia de la novelística de la guerra civil y hay que reconocer que los autores han aprovechado para coger títulos escandalosos y, digámoslo, comercialmente rentables, como *Memorias de un intelectual antifranquista*, *Los niños que perdimos la guerra*, *El mono azul*, *El miliciano Borrás*, *Azaña*, *Los que perdimos*. Esta última, recién salida en abril de 1974, había permanecido cinco años en manos de los censores antes de que estos dieran su acuerdo para la publicación; continuación de *Las últimas banderas*, narra los primeros meses de la posguerra y la suerte de Francisco Olivares, Molina y sus compañeros en las prisiones franquistas. ¿Quién hubiera podido imaginar hace unos años en España que fuera posible leer frases como: « [La guerra] la están ganando el capital y los curas, y la hemos perdido irremisiblemente los que queríamos otra cosa para España, los que hemos luchado y luchamos por una España más justa y más hermosa⁸⁰. » « Si los curas quisieran, se acabaría rápidamente la persecución contra nosotros y entonces sí habría un indulto general⁸¹. » Su autor, Lera, nos decía en una

77. Paris, Gallimard, 1966.

78. *Un puño llama a la puerta*, p. 285.

79. Barcelona, Destino, 1966.

80. *Los que perdimos*, p. 285.

81. *Ibid.*, p. 283.

conversación que tuvimos con él a raíz de la publicación de este libro que sólo « empezaban » ahora a escribir los novelistas, que había que esperar muchísimas más obras sobre el tema. Esperemos, en efecto, que por fin salga pronto « la » gran novela de la guerra que todos deseamos desde hace muchos años.

MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ
Universidad de Montréal